



CRONOPIOS

Maradona

DANIEL VÁZQUEZ SALLÉS

Dice un tango dedicado a Maradona: "Aprendió a tirarle un caño a la pobreza y la burlona sutileza de chanflearle por afuera a la niñez, así creció para llegar en posición de buin a desbordar el grito de un país, que liberó su nombre al viento". El Diez, el Pelusa, el Pibe de Oro, el Barrilete cósmico, muchos son los apodos que buscan la bendición de Diego Armando Maradona, el hombre niño que creció en Villa Fiorito, un barrio del sur de Buenos Aires demasiado pobre para que sus moradores crean en un dios sin cuerpo y alma. Si existe una verdad es la de los agnósticos militantes que han visto los colmillos del hambre, incapaces de entender la inquina que siente Dios por los desheredados.

Convertido desde la niñez en el idolo de los embarrados hombres de las chabolas, Diego Armando Maradona fue obligado a conquistar el mundo con el ansia de los

adictos. Triunfó en Buenos Aires, cruzó corriendo las aguas del océano sobre una autopista de dólares y recaló en el FC Barcelona. En aquellos años, el Barça era un club demasiado *trionfant* para entender de poesía. Los matrimonios suelen funcionar cuando existe cierta capacidad de compartir metáforas o invisibilidades, y el enlace entre una directiva de cemento y un jugador etéreo estaba destinado al fracaso y al rencor. Dos hepatitis, una vírica y otra futbolística llamada Goikoetxea, expulsarían definitivamente al pibito del purgatorio y lo llevarían a Nápoles, paraíso principesco y decadente iluminado con la sangre de San Gennaro, muerto mártir en Pozzuoli en el año 305, y que acabaría convertido en uno de los apóstoles del Pelusa, número 10 y capitán del equipo de la ciudad.

Fue a la sombra del Vesubio y del aliento de la Camorra donde Maradona supo que era Dios. Empujado por el éxtasis de los *tifosi*, ganó *scudettos* y marcó goles al sol, pasaportes que le abrieron las fronteras del Mundial de México y de la eternidad. No ha existido una enchilada que haya encendido tanto el corazón de los mexi-

canos como las dos que sirvió Maradona ante Inglaterra: el gol del siglo y el gol de la mano de dios. El pie era de Maradona y la mano también.

Es una lástima que tras ese Mundial, la incrédula burocracia decidiera convertir la vida del Pibe en un calvario. Él y sus amistades de plenilunio napolitano facilitaron el martirio. Acusado de cocainómano tras varios controles antidopaje, el Pelusa apareció y desapareció de los campos como el Guadiana, y entre ausencia y presencia, alquiló su tristeza de juguete roto a mil dólares la hora. Perdida la inocencia de niño de arrabal, Diego Armando Maradona adoptó mirada de jefe de manada acorralado.

Ahora, Dios ha vuelto a hacerse visible vestido de seleccionador argentino. Como buen dios, llamará a sus hijos cuando quiera, sin pedir permiso, y Messi es uno de sus primogénitos más disciplinados. ¡Qué tiemble el Barça y todos aquellos que le han sido infieles! Sin rencor pero con una memoria prodigiosa, la furia de Dios caerá sobre el Nou Camp cada vez que el presente viaje a los recuerdos prohibidos.